

SEGUNDA PARTE

EL TRABAJO, SEGÚN LA BIBLIA, POR EL
MUJIK BONDAREFF

« Amasarás tu pan con el
sudor de tu frente; polvo
eres, y en polvo te conver-
tirás. »

GÉNESIS, III, 19.

Antes de tratar, según mis fuerzas, la cuestión del trabajo y de la ociosidad, debo deciros quién soy. ¿No soy semejante á esos que mostrando á las gentes la dirección que es preciso seguir, la senda del bien, siguen ellos mismos la del mal y la más contraria á la equidad y al buen derecho?

Hasta la edad de treinta y siete años serví como agricultor en la hacienda de un señor (*pomestchik*) del Don, apellidado Tchernozuboff. Todo el mundo sabe cuán abrumados de trabajo están los de mi condición. Más tarde, el *pomestchik* me hizo alistar como soldado, y mis cinco hijos de corta edad quedaron bajo el mismo yugo pesado, intolerable.

Cuando llegué á Siberia, en 1857, con mi mujer y dos hijos, todos nuestros bienes eran la ropa que llevábamos puesta, y para eso nos la había dado el Estado.

Pero, catorce años hace, adquirí una casita con sus dependencias; de suerte que hoy soy igual al campesino acomodado que ha vivido aquí en todos tiempos.

¿Y por qué medio he adquirido todo

esto? Sin más que con el cultivo de la tierra. He aquí la cantidad de trabajo que puedo realizar. Cuando se siega el trigo, allí donde dos buenos peones apenas logran atar las gavillas en pos de un segador, lo consigo yo solo, á pesar de mis sesenta y cinco años, y el trabajo resulta tan bien hecho, y las gavillas tan fuertemente atadas. Testigo me es Dios de que digo la verdad, lector.

Por eso se ve que, lo mismo que entre vosotros, en la sociedad elevada, el grado superior se atribuye al general, en la nuestra al buen agricultor.

Tengo, pues, en estricta justicia el derecho de sentarme en igual sillón que el general.—¿Qué digo en igual?—El general debe permanecer de pié delante de mí.

¿Por qué? preguntará alarmado el lector. Porque el general come el pan producido por mi trabajo, mientras que la recíproca no es verdadera; y esto es lo que, en lo que sigue, quedará ampliamente explicado y justificado.

Ya sabes ahora, lector, quién soy.

¿No tengo derecho á hablar y escribir acerca del trabajo y la sociedad? Me sobra ese derecho y uso de él.

Si entre los desarrollos y razonamientos que siguen hay algunos inútiles ó acaso perjudiciales, te ruego que los tengas por no escritos. No los ha dictado una mala intención; sino que, á causa de la cortedad de mis luces, me han parecido, sin razón, dignos de algún interés.

Vosotros, la clase elevada, escribís millares de libros. ¿Son menos inoportunos y menos nocivos? Y, sin embargo, esos libros se aprueban, se adoptan y se publican.

Pero nosotros, la clase baja, escribimos por nuestra parte el presente breve relato, para todos los tiempos y en defensa nuestra; y sin duda los rechazaréis, como muchos me lo han asegurado, á causa de la falta de talento y de elocuencia. Eso será la más grave injuria contra nosotros y también la injuria más grave contra Dios; se, con la más completa certidumbre, que el cielo se alzaría bien pronto en defensa nuestra si rechazáis el pan, es decir, la verdad.

¿Podrías negar la verdad, es decir, no comer? ¡No! Dentro de una hora tenderás la mano hacia

ese árbol de la vida, prohibido para tí, á saber, el pan producido por el trabajo de otro, y te lo llevarás á tu casa.

Esto merece reflexionarse.

Por eso te ruego, lector, que tengas piedad de ti mismo; concede á esta cuestión toda la importancia que tiene, y entonces tendrás razón; y si otro que no sea tú se niega á examinarla, por ello no serás responsable.

¿Es que espero recibir una recompensa por el cuidado que me tomo? ¿Acaso por eso trabajo, es decir, escribo? No, sólo espero castigo por esto; me lo han asegurado gentes ricas.

Si dirigieses tales cargos contra la clase inferior—decían—entonces recibirías recompensa; pero puesto que hieres en lo vivo á las gentes

notables, no evitarás el castigo, como no evitarás la muerte.

Pero lo que tal vez te salve es que destruirán todo esto.

Hay que tender á algún fin, he respondido. En pro de la verdad que se profesa, hay que estar dispuesto no sólo á sufrir, sino á recibir la muerte. Pero acaso está de parte de ellos la falta más grave, y quizá se aplique á ellos en todo su rigor el castigo; esto se demostrará en lo que sigue.

He aquí, pues, lo que he contestado á los ociosos que me han predicho los más terribles sufrimientos:—Sin duda, en mi interés estaría el hablar por alegoría, pero no lo hago; que te sepa bien ó mal, tomo el camino derecho.

Muchos ricos que han leído mis escritos se han ofendido muchísimo.

«Escribes esto—medecian—no contra todo el mundo, sino contra mí sólo.»

Por eso, en nombre del Dios de verdad, te suplico, lector, que no te lo imagines también. Escribo en nombre de todos los agricultores y contra todos aquellos, sean quienes y cuantos fueren, que no producen el pan que comen con el trabajo de sus manos.

Todo mi escrito se resume en dos palabras:

1.º ¿Por qué con arreglo al primer mandamiento, no recolectas el pan que comes, sino que comes el pan producido por el trabajo ajeno?

2.º ¿Por qué en los libros teológicos y laicos no se aprueban el cultivo del trigo y el cultivador, antes por el contrario, se les desprecia hasta el último punto?

Con hacer estas preguntas debiera bastar. Pero como entre vosotros se niega de todas maneras el trabajo manual, por eso me veo obligado á escribir con tanta extensión acerca de este asunto.

Para concluir, te ruego, lector, que no comas desde dos días antes, si quieres poder juzgar mi libro.

Todo el género humano se divide en dos grupos: uno es noble y respetado, otro es humilde y menospreciado. El primero va ricamente vestido, posee una mesa llena de manjares exquisitos y está sentado majestuosamente en el sitio de honor: son los ricos. Pero el segundo, andrajoso, desfallecido por el uso

de alimentos secos y por los trabajos duros, con aire humillado y triste, está de pie ante él, en el quicio de la puerta: son los pobres labradores.

La verdad de mis palabras está confirmada por la parábola del Evangelio: «Había un hombre rico, que se vestía de púrpura del más delgado lino, y que se trataba bien y magníficamente todos los días. Había también un pobre, llamado Lázaró, que estaba tendido á la puerta de este rico, y estaba cubierto de úlceras. Deseaba hartarse con las migajas que caían de la mesa del rico, y hasta los perros acudían á lamerle sus úlceras.» (San Lucas, xvi, 19.)

Pues bien; me dirijo á mis compañeros, á los labradores que están en el quicio. ¿Por qué estamos siem-

pre silenciosos delante de ellos como los cuadrúpedos? Sin duda debe callarse ante un hombre de más mérito que nosotros, á condición de saber por qué, cuándo y hasta qué punto es preciso callarse; pero no debe humillarse uno ante él hasta la bajeza, y adorarlo como á un ídolo.

Por eso, en nombre de todos estos últimos, me dirijo á todos los primeros y les digo: Responded á todas las preguntas que voy á hacerlos.

1. Por haber infringido Adán la orden de Dios «no pruebes los frutos del árbol prohibido», no sólo perdió él mismo la beatitud, sino que atrajo la misma desventura á toda su raza hasta la consumación de los siglos. Compréndese por eso que cometió la mayor de las impie-

dades; pero no vaya á creerse que su crimen consistiera, al pie de la letra, en comer el fruto prohibido, es decir, la manzana.

2. En seguida trató de ocultarse entre los arbustos de aquel jardín. Según el relato de la Escritura, «Adán y su mujer se escondieron entre las adelfas».

Pero, ¿de quién se escondió? Los hombres no existían aún. Seguramente, de Dios.

¿Ves en qué demencia sume el pecado al hombre? Porque, ¿es posible ocultarse de Dios? En eso se ve que, comprendiendo su falta, esperaba recibir el castigo. Y he aquí el fallo inesperado que Dios emitió:

«Por haber infringido la orden dada, este es tu castigo: Amasarás tu pan, con el sudor de tu frente; y

volverás á la tierra, de donde has salido.»

3. ¿No debió verter entonces Adán lágrimas de gratitud hacia Dios por la inmensa misericordia que le manifestaba? ¿Qué era ese castigo en comparación del que esperaba recibir?

4. ¿Podemos ahora creer que Adán trabajó durante novecientos treinta años, y que comió su pan con el sudor de su frente, y que vivió del trabajo de sus manos, aunque fuese un hombre noble, según las ideas de su siglo, pues por él se acrecentó la humanidad y es el padre del género humano?

5. ¿Deseó entonces la dominación, ó un poder cualquiera? No. Porque aun cuando escuchó en el Paraíso los consejos de la serpiente que le decía, así como á su mujer:

«Seréis como dioses, si sabéis el bien y el mal», es decir, viviréis como unos *pomestchiks* y seréis los más inteligentes y los más instruídel mundo, á pesar de eso habían perdido de tal modo la presencia de espíritu, que trataban de ocultarse de Dios.

Siguiendo el consejo de la serpiente, Adán esperaba vivir en este mundo sin trabajo; pero, por el contrario, fué condenado á buscarse el alimento con el sudor de su frente; y en lugar de elevarse á la suprema categoría, perdió su mansión natal; y, desterrado de ésta última, apareció pobre y desnudo con las únicas propiedades de su ser. Desde que la serpiente fué para él un animal horrible, el deseo del espantoso poder contribuyó á su pérdida y á la de su raza.

6. Ya ves con esto, lector, lo que resultó de ese solo deseo: poseer.

¿Y qué debe pensarse de quien posee, es decir, de quien puede vivir bajo quitasol, con las manos blancas, y comer durante toda la vida el pan de los trabajos de otro? La solución de este enigma está fuera del alcance de nuestra razón.

Sé que desde ahora tienes una multitud de objeciones que hacer á mis ideas; pero no las critiques, te lo ruego, sino cuando hayas leído hasta el final.

7. ¿Pensó Adán un sólo instante, por medio del dinero que aún no existía, ó por otros torcidos subterfugios, sean los que fueren, remitir ese trabajo á manos extrañas y permanecer él mismo bajo el quitasol, aguardando una parte de los trabajos ajenos, como un men-

digo ó un zángano? Así hacen hoy muchos que tienen por un gran crimen el quitar á otro una brizna de paja ó un grano de trigo, y que no consideran como un delito coger y comerse el pan de los trabajos ajenos, que les sirven á la mesa.

8. Pero si nuestro padre Adán recibió en proporción de su crimen un castigo que sufrió con gusto; en otros términos, si vivió del trabajo de sus manos hasta el fin de sus días, como se dijo: «Volverás á la tierra, de donde has salido», se ve que ahora es inocente y que ha quedado quitado con Dios por su crimen.

9. También dice la Sagrada Escritura: «Y entonces Adán tenderá la mano y comerá de los frutos del árbol de la vida y quedará vivo para siempre.» Algunos suponen

que esto se dice literalmente del árbol en que Cristo fué crucificado. Pero tal suposición es arbitraria. ¿Puede admitirse que, gracias á los méritos de otro, de Cristo, haya obtenido el rescate de sus pecados el hombre que no tiene mérito ninguno?

Evidentemente esto no se ha inventado sino para afirmarse en la esperanza de que sin trabajo, tumbándose á la bartola, puede recibirse la herencia de los bienes eternos.

Pero si ese árbol se refiere á la penitencia de Adán, es decir, al trabajo del pan, entonces se nos ha impuesto una tarea muy penosa.

Por eso, ¿no era justa mi interpretación, según la cual cuando Adán coma el pan producido por el trabajo de sus manos, sólo enton-

ces *vivirá* en los siglos de los siglos?

Supongamos, por ejemplo, que nadie tiende la mano hacia este árbol de vida, es decir, hacia el trabajo del pan, como les pasa á la mayoría de nosotros: en ese caso, ¿podrá *vivir* el mundo?

Se ve, pues, ahora clara y legítimamente que todos nosotros, los labradores, estamos cerca del árbol de la vida, mientras que todos vosotros, los que rehuís el trabajo, estáis cerca del árbol de la muerte. ¿He hablado con exactitud? Creo que es preciso convenir en que mi conclusión es verdadera.

10. Así, es evidente que si con esta penitencia se lavó Adán de su delito para con Dios, también tiene durante toda su vida el poder de rescatar sus pecados.

Como el hombre peca contra Dios

hasta el fin de su vida, le está señalada esta pena: «Polvo te volverás...»

¿Es justo?

11. Y tú, clase superior, que no eres más que una rama del mismo tronco, ¿por qué durante toda tu existencia no quieres consentir en esta penitencia, y por qué comes varias veces al día? ¿No eres tan miserable como yo y como mis semejantes los labradores?

Pero no; vosotros estáis por encima de nosotros, sois más inteligentes y más instruidos, y consumáis el mayor crimen contra Dios y el mundo.

Diréis: «Trabajo más que el labrador; con ayuda del dinero adquirido por mi trabajo compro pan.» Hablaremos de esto un poco más adelante.

12. Por todo lo dicho se ve que en vano nos empeñamos en cargar á cualquiera otro del rescate de nuestros pecados, porque Dios mismo sabía qué tratamiento debía prescribirse á nuestras enfermedades, nuestros pecados, y lo ha prescrito; sólo que es necesario recibir ese tratamiento con un ardor sincero y no emplear diversos pretextos para no aplicarlo.

¿Es verdad esto?

13. Pero si nosotros, la posteridad de Adán, hemos heredado su pecado, y, por tanto, la penitencia inherente á él; y si nos hacemos realmente culpables, quizá aún más que Adán, porque Adán no sabía todo lo que desde entonces hemos aprendido, en ese caso no debemos tratar de eximirnos del castigo, ni eludir por ningún medio la peniten-

cia que el mismo Dios impuso tanto á Adán como á nosotros la posteridad suya; y cada uno debe trabajar y ganarse el pan con sus propias manos, sea quien fuere, rico ó pobre, y cualesquiera que sean su mérito y su alcurnia, fuera de los casos excusables de enfermedad, de vejez impotente, ó de ausencia forzosa.

14. Sin duda, si no se examina con atención el trabajo manual, el deber de ganarse el alimento y sus méritos, puede parecer harto insuficiente su valor para rescatar la multitud de nuestros pecados y hacernos inocentes á los ojos de Dios. Porque, puesto que trabajas para ti, ¿qué recompensa debes esperar?

He dicho en los párrafos anteriores y diré en los sucesivos, cuál es esa recompensa.

Pero si los méritos de ese trabajo no te parecen suficientes, continuarás poco dispuesto á realizarlo, aun cuando bajase un ángel del cielo para explicarte su valor.

15. Ya veis cómo rescató Adán el primer pecado. Pero otros afirman que fué desterrado por esto á los infiernos cinco mil quinientos años, y que allí estuvo sufriendo hasta que Cristo le redimió.

Pero esta es de cierto una interpretación contraria en absoluto á la ley. ¿Y por qué se afirma lo que no está conforme con la ley? Para librarse «de esas ocupaciones abominables» y vivir á lo *pomestchik*. Pero si es justo pensar que Adán debió al trabajo manual su redención, entonces debemos también trabajar nosotros asiduamente. ¿Es justo?

16. Pregunto: ¿por qué Dios no

ha prescrito á Adán nuestras virtudes más estimadas, como el ayuno, la oración, los sacramentos, etc., sino que le ha prescrito ese trabajo al que los hombres instruidos no atribuyen ni reconocen ninguna virtud, sino que hasta lo juzgan como un vicio capital? ¿Por qué sucede esto así?

17. De todos los desarrollos precedentes resulta que Adán pertenecía á nuestra clase, á la clase inferior é ignorante; no sabía escribir, ni leer, ni hablar con elegancia. Dios le prescribió la ocupación que convenía á su ingenio. Y siendo él corto de alcances, consintió en ello. Pero Dios también ahora ordena la misma cosa á las personas instruidas por las Escrituras y por la voz de la conciencia; y estos hacen millares de objeciones, á las cuales no

sabe ya qué responder Dios mismo.

18. Hasta aquí no nos hemos ocupado sino de la penitencia de Adán; ahora debemos hablar de la penitencia de Eva. ¿No era Dios capaz de crear al principio del mundo muchos miles de personas? ¿Por qué solo creó dos personas, marido y mujer, Adán y Eva? Evidentemente, porque en la vida humana hay dos negocios principales ó dos deberes de igual precio y de la misma importancia: el primero dar á luz hombres, el segundo trabajar con el sudor de su frente. Dios dijo á Eva: «Aumentaré los dolores de tu preñez y los gemidos (¡qué terrible sentencia!); parirás con dolor.»

Y dijo á Adán: «Amasarás tu pan, con el sudor de su frente; y volverás á la tierra, de donde has sido hecho.»

19. Pues bien, pregunto: ¿por qué en la penitencia de la mujer no hay ningún sentido oculto ó desviado, ninguna alegoría, y por qué se cumple todo al pie de la letra, como Dios dijo? La mujer que vive en una pobre choza y la tzarina sentada en un trono y con una corona en la cabeza, tienen el mismo destino: «paren con dolor.» No hay ninguna diferencia entre ellas, no. Y tanto paren con dolor, que una y otra quedan medio muertas y á veces mueren por completo.

¿Es verdad esto?

20. Pero la mujer superior pudiera decir: «No tengo tiempo de parir, necesito ocuparme de los asuntos urgentes del Estado; al paso que pariendo, ocasionaría al Estado más pérdida que provecho. Y además, ¿me conviene ser igual á la última

campesina, á la *mujitchka*? Más valdrá que alquile á precio de oro otra mujer que para un hijo para mí, ó que compre un niño nacido ya y que me pertenezca como el que pariese yo misma.» ¿Podría manifestar tales propósitos y hacer lo que dice (1)?

21. No, no se puede hacer eso,

(1) Las ideas que Bondareff expone en los artículos anteriores han inspirado muchos pasajes de *Lo que se debe hacer*, de Tolstoy: «Ganarás tu pan con el sudor de tu rostro —dice— y tú parirás con dolor.

» Pero ¡nosotros hemos cambiado todo esto! —como dice el personaje de Molière— disparatando y proclamando que el hígado está á la izquierda. Nosotros hemos cambiado todo esto. Las gentes no tienen necesidad de trabajar para alimentarse: todo lo harán las máquinas. Y las mujeres no deben ya parir: la medicina enseñará los diferentes remedios para la destrucción de la fecundidad. ¡Aún habrá gente de sobra!»

no puede cambiarse el orden establecido por Dios.

Recoge todos los tesoros del mundo y dalos por un niño. Este no por eso será tuyo. Antes no te pertenecía: después tampoco te pertenecerá. Pues ¿de quién es?—De la madre que lo parió.

Lo mismo sucede con el pan como con el hijo. El hombre puede eximirse del trabajo del pan, comprar con dinero una libra de pan; pero este pan es de otro y sigue siendo de otro. Pertenece á quien lo ha producido con su trabajo.

Porque, así como Dios ha decidido que la mujer no pueda eximirse del parto por dinero ni por ningún otro medio, de igual manera el hombre debe con el trabajo de sus manos proporcionarse el pan necesario para su subsistencia, la de su mujer

y la de sus hijos. No puede eximirse de esta obligación ni por medio del dinero, ni por ningún otro medio, cualquiera que sea su alcurnia ó su mérito.

22. Ninguna especie de animales, ni las aves, ni los reptiles, nada de lo que vive en los aires ó en la tierra, se aparta del destino que Dios le ha trazado. Pero tú, hombre, el más inteligente y el más instruído de los seres, ¿por qué eres el único que te apartas de él? ¿Qué responderás á eso? ¿Recurrirás de nuevo á tu mentira de «trabajo más que el labrador, y compro el pan con ese dinero que he ganado con el trabajo?» Deja esa repuesta, lo más falso que hay. Porque puedes comprar con el dinero todo lo que existe en el mundo, todo, excepto el pan.

23. Vuelvo á preguntar: ¿por qué no hay ningún sentido figurado en la penitencia impuesta á la mujer? ¿Por qué cuando se trata de la mujer todo se cumple literalmente, como Dios lo dijo, al paso que la penitencia del hombre no es más que alegórica? ¿Qué excusas, qué embustes, qué pretextos podéis alegar y que no sean otros tantos subterfugios? «Ese mandamiento, dirá el hombre instruido é inteligente, no indica que sea preciso que trabaje yo en mi campo con la hoz, la grada ó el trillo. Como mi pan con el sudor de mi frente: eso basta.» Y el hombre sencillo, el hombre ignorante como yo, creerá que aquél tiene razón y que es un hombre perfecto. Pero, por tercera vez, pido respuesta á esta pregunta: ¿Por qué en la penitencia de la mujer

todo es literal, al paso que en la del hombre todo es símbolo y alegoría?»

24. Dios dijo también á la mujer, según la Escritura: «Aumento, aumentaré tus dolores y tus suspiros.» Ya se ve que no hay aquí ningún sentido figurado. Los dolores de una madre son tan grandes que es imposible describirlos, y sólo se comprenden con el corazón. «Tus deseos se referirán á tu marido, y dominará sobre ti.» Pues bien, todo sucede como se dice en la Escritura. ¿De dónde proviene, pues, que siendo literal el deber de la mujer y del labrador, sea alegórico el tuyo, el de la clase instruída?

25. ¡Cuánto siento estar desprovisto de elocuencia! Comprendo todo el valor y toda la verdad de este razonamiento, y falto de elocuencia, no puedo explicar lo que